

Cuaderno n.º 61

COLECCION ARIEL m. 11.

HIPOLITO TAINÉ

*Setiembre
1915*

LOS JOVENES DE PLATON



SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A

Imprenta Greñas

COLLEGEION ANI...
...
LOS JOVENES DE PLATON

Setiembre de 1915

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. R.
Imprenta...

APRECIACION

... El cuadro del antiguo régimen, la historia del espíritu jacobino, la teoría sobre Napoleón, el estudio del catolicismo y de la escuela son admirables, quizá no imparciales, pero, en el fondo ciertos*. No basta que el historiador sea artista; pero cuando lo es, la intuición lo lleva a penetrar el hecho central de un período, la nota psicológica esencial; y como hay ciertamente, una lógica de los hechos

* Véanse LES ORIGINES DE LA FRANCE CONTEMPORAINE (12 Vols.).

Las demás obras de Taine: CORRESPONDANCE, (4 Vols.); ESSAI SUR TITE-LIVE; ESSAIS DE CRITIQUE ET D'HISTOIRE; NOUVEAUX ESSAIS DE CRITIQUE ET D'HISTOIRE; HISTOIRE DE LA LITTERATURE ANGLAISE (5 Vols.); LA FONTAINE ET SES FABLES; LES PHILOSOPHES CLASIQUES DU XIX SIECLE EN FRANCE; VOYAGE AUX PYRENEES; NOTES SUR L'ANGLATERRE; NOTES SUR PARIS; CARNETS DE VOYAGE; UN SEJOUR EN FRANCE DE 1792 a 1795; VOYAGE EN ITALIE (2 Vols.); DE L'INTELLIGENCE (2 Vols.); PHILOSOPHIE DE L'ART (2 Vols.); ETIENNE MAYRAN; DU SUFRAGE UNIVERSEL ET DE LA MANIERE DE VOTER.

Casa editora: LIBRAIRIE HACHETTE ET CIE. París.

humanos, esa visión es admirablemente explicativa y fecunda. Tal es el caso de Taine.

Vale, pues, su obra histórica como su obra crítica, por el análisis, por las síntesis de épocas y de ideas, por el color prodigioso, por lo que hay de poesía profunda en todo gran historiador que siente a través de códices fríos y de textos mutilados, pasiones, intereses, ideas, almas; porque Taine tuvo siempre la intuición del hombre de otras épocas, griego de Pericles, florentino del Renacimiento, puritano de la Revolución inglesa, español del siglo XVI, romano de la decadencia, con plasticidad de espíritu extraordinaria. Busquemos en sus libros todo esto y seguramente no nos llamaremos a engaño ni olvidaremos el fulgor de aquellas páginas. Son la historia, la realidad, el arte, a través de un cerebro único, del más grande creador de ideas generales de los tiempos modernos.

Pero para nosotros, sus humildes y fervorosos admiradores, para todos aquellos

a quienes la lectura de Taine (y son legión) ha dado un entusiasmo inextinguible, una perpetua juventud de espíritu, una curiosidad de ideas y de emociones, excesiva, turbadora, violenta, no sólo queda aquella parte inatacable de su obra. Queda su vida. ¡Y qué vida tan sublime, una de las más nobles y humanas y grandes, desde Marco Aurelio y Juliano el Emperador!

Nos la ha revelado su correspondencia, cuya publicación acaba de terminarse en la casa Hachette. Es la vida de un estoico moderno, que acepta y embellece la existencia y las cosas. Primero, en una juventud precoz y gloriosa, fué la lucha viril con las ideas reinantes, con los prejuicios religiosos, con la vida difícil y los injustos fracasos; el estudio serio, continuo, luminoso, la tenacidad, el esfuerzo en el dominio de sí propio, el imperio constante de la razón y del sentimiento sobre el instinto, la absoluta sinceridad, la tolerancia, la admiración fácil y entusiasta. Y después, en toda la vida, cierta

tristeza resignada de filósofo, que no se oponía al estudio, a la curiosidad, a la publicación de nuevos libros, ni menos a la cultura de sí mismo realizada en todos los instantes, con ardor de fiebre.

Ningún sentimiento olvidado, ninguna noble pasión contenida, ninguna emulación en aquella alma sublime. Cuando la gloria vino a él pródigamente, continuó modesto, desinteresado, sin adulación, sin servilismo. Sintió, con delicadeza exquisita, el amor de la patria, el amor humano, el amor de la naturaleza infinita, dijo su pensamiento austeramente, aun contra sus amigos o admiradores, en pro de la verdad histórica o de la verdad científica. Y así hoy el mismo Aulard * reconoce esa sinceridad admirable, serena y dulce, digna de Epicteto.

Y cuando llegó la vejez y se aproximó la muerte, y se volvió como todo anciano, más conservador, quizá tradicionalista, tuvo, sin embargo, valor y sinceridad

* Autor de un libro contra Taine como historiador de la Revolución Francesa.

hasta el fin, hasta su ocaso, que fué como una apoteosis. Su admirable mujer, de convicciones católicas, quiso llevarlo a la Iglesia que él admiró en páginas célebres de su último libro histórico. Pero el lógico se rebeló en Taine, y antes que renegar de la razón, de sus facultades críticas y de la ciencia, conservó en sus últimos días la noble actitud de la duda, de la interrogación, el respeto ante el misterio, la serenidad ante la muerte. Y todo ello con un valor, con una nobleza, con un pudor de sus sentimientos y de sus afectos, que sorprenden y enamoran.

Este hombre debe ser un modelo, un ideal, para todos los que han perdido, en esta edad crítica, la ingenuidad de la fe. Es nuestro Marco Aurelio, un sabio antiguo que ha conocido la inquietud cristiana, el misterio del dolor, la curiosidad del infinito, la complicación y la agudeza sentimentales. En su serenidad hay una tristeza contenida, única actitud digna ante el silencio de los cielos y la injusticia de las cosas. Sólo le faltó un templado

optimismo ante el choque de las realidades impuras; pasión menos lógica, emoción menos casta, menos profunda. Si ha de aceptarse algún modelo en la dirección de la vida, algún ideal que no mutile ni empobrezca la dignidad de los hombres, sea ése la vida de este lógico poeta, de este estoico apasionado.

FRANCISCO GARCIA CALDERON

(De *Profesores de idealismo.*)

de siempre
1915

LOS JOVENES DE PLATON

Convengo en que es bello lo feo, pero es más bello lo bello. El célebre romántico Boileau Despreaux, bien se atrevió a decir:

*De un pincel delicado el artificio agradable
del más horrible objeto hace un objeto amable.*

¿Amable? Aquí la rima hace decir una simpleza a la razón. No hay más objetos amables que aquellos que se puede amar; por lo mismo pido al lector que pase una media hora con los jóvenes de Platón. Tengo además otra excusa: este mundo moderno es muy triste, porque está muy civilizado. Todos en él se esfuerzan; todos sufren y trabajan corporal y espiritualmente, y las obras de arte, que debieran calmarnos, nos agitan, desde que nuestros poetas buscan lo que interesa, no lo que es bello, y se convierten en artesanos de pasiones, no de felicidad. Platón es más dichoso; la antigüedad es la juventud del mundo, y la nuestra por lo tanto. Trasladémonos, pues,

a esos hermosos años que no hemos vivido, y gocemos de ellos siquiera por el recuerdo.

Aunque filósofo, fué poeta, quiero decir creador de formas vivientes. Cualquier griego hubiera tenido dificultades para no serlo. Parménides, el Spinoza de entonces, escribió en verso su sistema, y esos versos suelen ser hermosos. Platón dialogó sus silogismos, e hizo de sus teorías un cuadro de costumbres. Entre los filósofos, es el único que ha sabido dar vida a sus disertaciones. Los Teótimo de Malebranche, los Filalete de Leibnitz, son abstracciones con nombres de hombre. Esas ficciones excluyen lo natural sin aportar el interés, y los razonamientos serían más gratos sin los razonadores. En estos filósofos, el diálogo sólo aparece como un adorno de prestado, añadido a destiempo, por un esfuerzo de imaginación, para ocultar la sequedad del asunto y no asustar al lector. Platón, por el contrario, si presenta personajes, es porque los copia; si escribe diálogos, es porque los escucha. Encuentra lo bello al pintar lo verdadero, y, porque es historiador, es poeta: pues la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros en un gabinete y empapelada, sino al aire libre, al sol, cuando, fatigados de la palestra, y apo-

yados en una columna del gimnasio, los jóvenes conversaban con Sócrates acerca de lo bueno y lo verdadero.

Bien podemos un instante detenernos ante estos contemporáneos de Pericles, quien decía sobre sus tumbas, al principio de la guerra: "El año ha perdido su primavera."

I

Platón se ha complacido en presentarnos los más jóvenes, casi niños todavía, aquellos en quienes el pensamiento se despierta por vez primera. Su estilo tan fácil, tan dulce, casi fluido, se presta para pintar estas almas blandas y tiernas, estos cuerpos flexibles. Corregio poseyó el mismo don y el mismo amor. La belleza naciente es la más bella, sencilla y risueña como el primer resplandor del día.

Por doquiera se les encuentra: en las palestras, bajo los pórticos, en el agera, interrogando a Sócrates y contestándole acerca de todos los asuntos con entera libertad. "Se les deja, como potros consagrados a los dioses, pacer y vagar a la ventura, para ver si encuentran la sabiduría y la virtud". Hasta entonces, sólo habían tenido una educación de



poetas y atletas. Pasaban el día en el gimnasio, luchando, saltando, corriendo; repetían los versos de Tirteo y de Homero, y cantaban himnos. “Los niños de un mismo barrio, dice Aristófanes, iban a casa del maestro de cítara, marchando juntos y en orden, desnudos, aunque cayera nieve como harina. Allí, aprendían el himno: *Palas terrible, que arrasas las ciudades* o este otro: *Un grito se oye a lo lejos*, y alzaban sus voces con la fuerte armonía que sus padres les habían trasmitido. Si alguno en broma cantaba con débiles inflexiones, le castigaban como a un enemigo de las Musas”.—“Oh joven, dice el Justo en su alegato contra el Injusto, atrévete a tomarme por tu guía, a mí que soy el mejor consejo, e irás a la Academia a correr bajo los olivos sagrados, coronado de juncos con blancas flores, acompañado por un prudente amigo de tu edad, respirando el olor de la zarzaparrilla, del álamo blanco, gozando del reposo y de la bella primavera, cuando el olmo murmura junto al plátano”. Así formados, comienzan ya a reflexionar, con el auxilio de Sócrates que, “parteja” sus inteligencias, y les proporciona el placer de pensar.

Cuando llegamos a la palestra, dice, encontramos que los jóvenes habían asistido al sacrificio, y ya casi habían terminado las ceremonias. Jugaban a la taba y todos con traje de fiesta; los más estaban entregados a sus juegos, en el atrio exterior; unos jugaban a pares y nones, en un rincón del cuarto del vestuario, con gran número de tabas, que sacaban de unos cestillos. Otros, en torno, les miraban, y entre ellos Lisis, de pie, en medio de jóvenes y niños, con su corona en la cabeza, con un semblante verdaderamente raro, y digno de llamarse no sólo bello, sino bello y bueno. Nosotros fuimos a sentarnos al lado opuesto, en donde podíamos estar tranquilos, y entablamos cierta conversación. Lisis volvía a veces la cabeza para mirarnos, y era evidente que deseaba aproximarse; pero por timidez no se atrevía a hacerlo solo. A la sazón, Menexenes, que volvía del atrio, entró retozando, y, desde que me vió con Ctesipo, vino a sentarse a mi lado; Lisis le siguió y se colocó junto a él; y los demás también se aproximaron. Entonces miré a Menexenes y le dije: “Oh hijo de Demofón, ¿cuál de vosotros dos es mayor?—No estamos de acuerdo en este punto, respondió.—Y si os preguntara cuál es el más noble, ¿contestaríais también?—Ciertamente.—Y cuál es el más bello, ¿también?”. Ambos se echaron a reír. “No os pregunto cual de los dos es más rico, porque sois

amigos, ¿no es verdad?—Muy grandes amigos, dijeron.—En realidad, se dice que entre amigos todo es común, de suerte que tratándose de riqueza no hay diferencia entre vosotros, si sois amigos como decís”.—Conviniéron en ello.

Esto es generoso y encantador; véase también en qué tono habla Sócrates de esta amistad, cómo felicita a estos niños, con cuánta gracia bondad y ternura.

Hay una cosa que yo deseo desde mi infancia, así como cada hombre tiene sus caprichos. Uno quiere tener caballos; otro, perros; este, oro; aquel, honores. Para mí, todo esto es indiferente; no conozco cosa más envidiable que tener amigos, y querría más tener un buen amigo que la mejor codorniz,* el mejor gallo del mundo, y lo que es más, por Júpiter, el más hermoso caballo o el más precioso perro. Sí, ¡por el can!, y aun creo que preferiría un amigo a todos los tesoros de Darío, y al mismo Darío; tan apetecible me parece la amistad. Y me sorprende que siendo Lisis y tú tan jóvenes, hayáis tenido la fortuna de adquirir tan fácil y prontamente un bien tan grande.

A propósito de esto, Sócrates entabla la

* Los combates de gallos y codornices eran un espectáculo por el que tenían mucho aprecio los atenienses.

conversación y hace que Menexenes comprenda lo que es y lo que no es amistad. Tan atento está Lisis que olvida que se le interroga, y de pronto responde en lugar de su compañero. “Al punto se ruborizó, y me pareció que la palabra se le había escapado sin quererlo, tanta era la atención que prestaba a lo que se decía. En efecto, advertíase claramente en su semblante que escuchaba con todo empeño.”

Tiene tanta franqueza como pudor. Interrogado por Sócrates, cuenta sin vacilar cuántas cosas le prohíbe su padre, cómo se le obliga a obedecer a su pedagogo, a todos sus maestros. “Cuando vuelves a casa, y estás cerca de tu madre ¿te deja ésta hacer lo que quieres, para que seas dichoso? ¿te deja revolver y tocar el telar mientras ella teje, o antes bien te prohíbe tocar la lanzadera y los demás instrumentos de trabajo?—Por Júpiter, dice echándose a reír, no sólo me lo prohíbe, sino que me pega en los dedos si llego a tocar”. Y confiesa sinceramente que no sabe casi nada todavía, que necesita mucho de sus maestros. En aquel momento regresa Menexenes, que se había ausentado un instante; Lisis, juzgando útil lo que acababa de oír, se inclina hacia Sócrates, y le dice por lo bajo, muy ingenua y

afectuosamente: "O Sócrates, lo que acabas de decirme, dícelo también a Menexenes" Esta frase provoca una sonrisa, pero complaciente; el niño es tan bueno y tan sincero, que todos los movimientos de su alma le hacen amable.*

Lo que aquí me gusta, es la naturaleza. Estos niños a ella se entregan; ella lo hace todo en ellos. ¡Cuán lejos de ella estamos nosotros! Los hombres se han formado, lo confieso, pero resultan deformados; veinte siglos de preceptos pesan sobre nuestras cabezas. En el siglo XVII se juzgaba natural a Joas, y el pobre niño, de ocho años de edad, endilgaba a la reina Atalía sentencias morales:

La felicidad de los malos pasa como un torrente.

O axiomas teológicos:

*A los pichones de las aves Dios alimenta,
y su bondad se extiende por toda la naturaleza.*

Dejad esos libros, cerrad ese piano, no contéis al niño sino cuentos; que corra al sol, en el jardín, que mire las plantas, los animales y

* Véase el diálogo socrático, *Lisis o De la Amistad*. Tomo II de las OBRAS COMPLETAS de Platón, traducidas al castellano por D. Patricio de Azcárate.

Casi todas las citas de Platón que en este ensayo aparecen no se han traducido de la traducción francés de Taine; se han transcrito, con algunas variantes, de la traducción castellana del Sr. Azcárate.

las bellas nubes. No destruyáis bajo una disciplina la belleza natural de su cuerpo y de su alma. Esa nueva sangre que corre por sus venas jóvenes y llega a teñir la piel tan fresca, esa carne rosada en donde parece vivir aún la leche maternal, esos ojos que se abren atentos, ese pensamiento curioso y movible, ese movimiento flexible e incesante, esa alegría de vivir y de comprender, ese abandono de sí a sí mismo, ahí está el hombre primitivo, cercano de su origen, todavía emparentado con seres inferiores, sencillo y dichoso como el agua que fluye, que se quiebra en torno de las rocas, que susurra con el más dulce murmullo, y se tiende risueña bajo los ágiles rayos del sol. Apareció en Grecia con los orígenes del pensamiento y de la historia; cada vez que nuestra civilización nos fatiga, volvemos a él; Rabelais, Rousseau allí han retrocedido; pero aprendemos menos con la lectura de *Gargantua* o de *Emilio* que con mirar a los jóvenes de los Diálogos o a *Ciro el Joven* de Jenofonte.

Pero ya los jóvenes se hacen discípulos de los sofistas; han saboreado una vez la ciencia, y hacia ella corren con entusiasmo impetuoso y ciego. Cuando se desea por primera vez, se

desea de todo corazón, sin fijarse solamente en si la cosa es difícil o imposible. No duda el joven de sí mismo, porque aún no ha medido sus fuerzas; parece que no hay espacio entre el fin y los anhelos, que basta extender la mano para alcanzarlo, que esperar es tener. ¿Y qué hay de más hermoso y más dulce que ese desenvolvimiento audaz de las facultades y de las pasiones, cuando se dirigen hacia la ciencia? Recordemos la edad en que, por vez primera, vislumbramos verdades generales, no enseñadas por nuestros maestros ni aprendidas en nuestros libros, sino descubiertas por nosotros, viniendo a ser hijas primogénitas, las más queridas de nuestro espíritu, tan encantadoras que ningún goce ha podido después borrar ni siquiera igualar el recuerdo de esta primera dicha. Como a los catorce o quince años es cuando solemos encontrarlas. Son incompletas, falsas; ¿qué importa? Otros veinte las habían encontrado antes de nosotros; ¿qué importa también? Nos pertenecían muy deveras, puesto que las habíamos descubierto como esos otros y no conocíamos nuestros antecesores. En ese momento, el espíritu parte con repentino vuelo; esta fuerza imprevista de que no tenía conciencia, y que desde

mucho tiempo se había acumulado en él sin que la sintiera, se despliega, y lo conduce a través de todos los pensamientos, todas las verdades y todos los errores. Toca uno todas las cosas como verdadero niño, temerariamente, cortando de un golpe las dificultades que más tarde hallará invencibles; pero se cree haberlas vencido, y esta alegría de la victoria no está entristecida ni por la previsión de una derrota, ni por el sentimiento de una debilidad, ni por la saciedad del goce, ni por la fatiga del esfuerzo. Es la fuerza y el placer de un hombre que, sentado desde su nacimiento, se lanzara por vez primera en un campo raso, hechizado con la libertad de su carrera, con la variedad de los objetos, el brillo de la luz, embriagado por las oleadas de sangre generosa que le hacen latir las venas y palpar el pecho. Mejor será callarme; Platón, que lo ha dicho todo, dice esto divinamente. Lo traduzco, con perdón vuestro. “El joven que, por vez primera, ha gustado de este manantial, se alegra de ello como si hubiera encontrado un tesoro de sabiduría; se siente transportado de placer. Le encanta remover todos los discursos, ya reunir todas las ideas y mezclarlas en una sola, ya desarrollarlas y

dividir las en parcelas, sobre todo proponerse al punto dificultades, luego a cuantos se le acercan, jóvenes, viejos, personas de su edad, cualesquiera que ellas sean, sin perdonar a su padre ni a su madre, ni a ninguno de los que le escuchan; no le basta entenderse con los hombres; poco falta para que acometa a todos los seres vivientes. No perdonaría a los bárbaros, con tal de encontrar un intérprete.’

Este cuadro es una mezcla de burla y de entusiasmo. Admira a sus jóvenes y con ellos se divierte. Véase ahora dramatizada esta hechicera locura:

Aun no había amanecido, cuando Hipócrates, hijo de Apolodoro, vino a llamar muy fuerte a mi puerta con su bastón. Apenas le abrieron, cuando se fue derecho a mi cuarto, diciendo en alta voz: “Oh Sócrates, ¿estás despierto o duermes todavía?”. Como conociera su voz, le dije: “¡Hola, Hipócrates! ¿qué traes de nuevo?—Una gran noticia—Muy bien. ¿Pero qué hay? ¿qué nueva es la que te trae aquí tan de mañana?—Ha llegado Protágoras, dice.”

¿No se diría que el gran rey acababa de desembarcar en el Pireo?

“¿Qué te importa? le dije. ¿Te ha hecho Protágoras algún daño?—Sí, por los dioses, oh Só-

crates, me respondió riéndose, me ha hecho la injuria de ser sabio él solo, sin darme parte de su sabiduría.—Oh, por Júpiter, le dije, y si le das dinero y le puedes comprometer a que te admita por discípulo, también te haría sabio.—¡Pluguiera a Júpiter y los demás dioses que así fuese!, me dijo. Gastaría hasta el último óbolo y agotaría la bolsa de mis amigos. Lo que me trae es suplicarte que me recomiendes a él; porque además de que soy harto joven, jamás le he visto ni conocido, pues cuando vino por primera vez, era yo un niño. Pero a todos oigo hablar muy bien de él, y se asegura que es el más elocuente de los hombres. ¿No será bueno que vayamos a su casa, antes de que salga? Me han dicho que está en casa de Callías, hijo de Hipónico; vamos allá, te lo suplico encarecidamente.—Todavía no, amigo mío, le dije; es muy temprano, vamos a pasearnos al pórtico; allí hablaremos hasta que aclare, y después iremos; te aseguro que le encontraremos, porque Protágoras no sale de casa; por tanto, nada temas.”

A este propósito, Sócrates interroga a Hipócrates, que es más vehemente que advertido, y lo pone en dificultades; le demuestra que el alumno de un pintor se hace pintor y el de un tocador de flauta, flautista, de suerte que el discípulo siempre toma el nombre del maes-

tro que lo instruye y del arte que le enseña. Después le pregunta qué quiere hacerse recibiendo las lecciones de Protágoras. Y él, ruborizándose (porque ya aclaraba un poco, y se le podía ver la cara): “Si este arte se parece a los otros, es evidente que yo quiero hacerme sofista”. Después de esta ligera burla, Sócrates le hace ver cuán inadvertido y precipitado es, y de tal modo habiéndolo provisto de reflexiones, lo condujo a la casa de Protágoras.

Manteníamos una ligera disputa cuando llegamos al vestíbulo. Pero el eunuco portero comprendió a lo que íbamos, por lo visto; y parece que a causa de la multitud de sofistas que llegaban allí a cada momento, se había puesto de mal humor con todos los que se aproximaban a la casa. Pues apenas hubimos llamado, abrió la puerta, y al vernos, dijo: “¡ Ah, son sofistas ! No tiene tiempo”, y diciendo esto, empujó la puerta con ambas manos y con toda fuerza. Llamamos de nuevo, y nos respondió desde adentro: “¡ Hombre ! ¿ No me habéis entendido ? Ya os he dicho que no tiene tiempo de recibir ”.—Pero amigo, le dije, no venimos aquí a interrumpir a Callías ni somos sofistas; abre, pues, sin temor. Venimos a ver a Protágoras, y a ti te basta anunciarnos.”

A pesar de esto, se hizo violencia en abrirnos la puerta. Así que entramos, vimos a Protágo-

ras, que se paseaba delante del pórtico, y con él estaban, de un lado, Callías, hijo de Hipónico y su hermano uterino Paralos, hijo de Pericles, y Carmides, hijo de Glaucón; y del otro lado estaban Jantipo, el otro hijo de Pericles, Filipides, hijo de Filomeles, y Antimeros de Menda, el más famoso discípulo de Protágoras, y que aprendía el arte de ser maestro sofista. Detrás de ellos una porción de jóvenes marchaban escuchando su conversación. Los más parecían extranjeros, y son los mismos que Protágoras trae consigo de todas las ciudades por donde pasa, y a quienes arrastra encantados por la dulzura de su voz, como Orfeo. También algunos atenienses formaban coro. Cuando vi esta magnífica reunión, tuve un placer singular, al ver con qué respeto marchaba detrás de Protágoras, teniendo el mayor cuidado de no ponerse delante de él. Desde que Protágoras daba la vuelta con los que le acompañaban, se veía aquella turba, que le seguía, colocarse en círculo a derecha e izquierda, hasta que él pasaba, y en seguida colocarse detrás.

También, cuando los jóvenes regresaban a la casa, seducidos por el ejemplo, rogaban a su padre que les pusiera en manos de un hábil sofista. Ellos mismos se acaloraban en sus

conversaciones, y este amor contagioso del razonamiento alarmaba a sus padres. Demócoco vino a consultar a Sócrates acerca de su hijo Teages. “Algunos camaradas y otros jóvenes, dijo, de nuestro pueblo, que van a Atenas, le refieren ciertos discursos que han oído y que le trastornan la cabeza. Poseído de emulación, no cesa de atormentarme, suplicándome con instancia que mire por su educación y pague a un sofista para que le instruya. Pero temo que esta pasión lo haga caer en algún peligro. Hasta ahora, le he contenido halagándole con buenas palabras; pero hoy que ya no puedo más, creo que lo mejor es darle gusto, no sea que las relaciones que pueda tener en secreto y sin mi conocimiento lo corrompan.”

El muchacho se enfada un poco con su padre que se le opone, y cuando Sócrates le pregunta en qué ciencia quiere ser instruido, responde:

“Mi padre bien lo sabe, Sócrates, se lo he dicho muchas veces; pero quiere hablarte así, como si ignorara lo que yo deseo. No hay día que no dispute conmigo, y se resiste a ponerme en manos de un hombre instruido. Con estas y otras cosas por el estilo, se me opone

y no quiere dejarme ir en busca de un maestro.” *

Se ve que en Atenas la familia no está gobernada como en Roma. Allí se funda más en el cariño que en la obediencia. Allí el padre no es un rey, antes bien casi un igual. Nada sujeta ni detiene los movimientos de esas almas nuevas. La naturaleza humana se manifiesta en ellos en toda su integridad, tal como es, y desnuda. Un poco más adelante, dice Teages que él quiere aprender el arte de gobernar para ser el jefe del Estado. “¿Pero qué, dice Sócrates, acaso quieres ser un tirano?—Sin duda, desearía de corazón hacerme el tirano de todos los hombres, y si esto es mucho, por lo menos de la mayor parte. Y creo que tú mismo, Sócrates, tendrás esta ambición, como la tienen todos los hombres; y quizás querrías ser un dios”. El dios en Grecia no es un ser todo poderoso, misterioso, retirado en el infinito fuera de los humanos alcances: no es sino el mismo hombre, más bello, más fuerte, inmortal. Esto añade un rasgo más al carácter de esos jóvenes. No tienen desde la infancia oprimida el alma por el pensamiento de un

* Véase el diálogo *Protágoras o Los sofistas*. Tomo II de las OBRAS COMPLETAS de Platón. Trad. de P. de Azcárate.

poder único y formidable. Nada han visto en el mundo real ni en el imaginario que con su grandeza les oprimiese. Herodoto refiere que los habitantes de una ciudad de Sicilia adoraron a un joven por su belleza y lo colocaron en la categoría de los dioses. En Grecia no hay desproporción entre Dios y el hombre. De ahí esos atrevidos anhelos y esa actitud arrogante. No han aprendido nunca ni a temer ni a doblegarse.

Pero el amor a la justicia, natural en el hombre, se halla en el fondo de sus corazones, y a él vuelven espontáneamente.

“No querría gobernar a los ciudadanos por la fuerza, como los tiranos, dice Teages, sino con su beneplácito, como lo han hecho los hombres grandes que hemos tenido en Atenas”.*

Tanto más agradables me parecen estos sentimientos, cuanto que esos niños dicen desde luego todo lo que sienten, y sobre todo como lo sienten. Una sola de sus palabras refuta a los que declaran al hombre malo por naturaleza. La bondad es la primera de sus inclinaciones primitivas. Platón pintor piensa, co-

* Véase el diálogo *Teages o De la Ciencia* Tomo XI de las OBRAS COMPLETAS de Platón, traducidas por P. de Azcárate.

mo Platón filósofo, que la idea divina e inmortal que forma nuestra alma da testimonio de su origen. Le hace honra tanto en sus personajes como por sus teorías, y prueba su creencia por la ciencia y por el arte.

Considerad ahora el espíritu de esos niños, cuyo carácter ya conocéis. Platón lo ha trazado, con mano delicada y leve, en el retrato de Protarco y de algunos más. Poco inventan por sí mismos, son muy jóvenes aún; sin embargo encuentran a veces palabras felices, y redondean sus juicios de un modo agradable. Pero manifiestan particular penetración y curiosidad cuando siguen sin fatigarse las más largas discusiones sobre las materias más abstractas, y se recrean con asuntos del todo viriles. No sienten el peso de las ideas; corren bajo la pesada coraza de la dialéctica. Cuando Aquiles ensaya las armas de Hefaeostos, dice Homero, parece que ellas le suspenden como alas. Ellos también, desde el primer día, "corren ligeros de piés" a la ciencia, y manejan sin esfuerzo la verdad. Exhortan a Sócrates para que continúe, le impiden que se vaya, no quieren que suprima nada de la conversación. Sin embargo, esta violencia es amable; de cuando en cuando, en medio de

esta atención sostenida y de este gran anhelo de filosofar, brotan chispazos de infantil alegría:

“¿No echas de ver, Sócrates, nuestra multitud, y que todos somos jóvenes, y no temes que te acometamos con Filebo, si nos insultas?”.—Entre nosotros, cuando un hombre filosofando deja escapar una sonrisa, nos escandalizamos, todos clamamos justicia, y repetimos por lo bajo o a gritos: “Este hombre deshonra la filosofía; nunca será capaz de razonar bien”.

Pero lo admirable, sobre todo, es que, en esas largas series de razonamientos encadenados, el oyente jamás se aparta del discurso, ni a derecha ni a izquierda, y se mantiene siempre en el asunto propuesto. Carecemos de esta serie de ideas. Tratad de discutir con alguien: veinte veces os veréis obligado a conducirlo al asunto. Nuestro espíritu es demasiado retozón: corremos mucho a saltos bruscos; vemos de pronto un vivo resplandor de verdad, y hemos lanzados hacia esta parte, olvidando todo lo que hemos hecho en la otra, rompiendo nuestra labor en el momento en que un solo esfuerzó iba a concluir. Platón no inventa este enlace que da a las ideas

de sus personajes; hallaréis el mismo orden y la misma exactitud en Homero. El espíritu jonio practica por instinto la lógica delicada y severa; desde sus primeras obras se adivina que él es el obrero predestinado de la ciencia humana. Comparad, por ejemplo, las dos primitivas fuentes de nuestra civilización, Homero y la Biblia. En la una los pensamientos son cortados, separados los unos de los otros, expulsados violentamente hacia fuera como las efervescencias desiguales de una alma que fermenta y no puede contenerse. Los enlaces de palabras en ella son raros, las metáforas excesivas, las ideas nadan en imágenes. El hombre, oprimido por las sensaciones que suben a su cabeza como un viento fuliginoso, no distingue la pura luz de la verdad; la carne y la sangre en él parecen perturbadas; amenaza, se estremece de alegría, sufre, grita, no razona. En el viejo poeta griego, los héroes desarrollan extensos relatos en el campo de batalla antes de alzarse. Lo explican todo, no dejan nada oscuro, no tocan una idea sin haber recorrido todas las precedentes. Jamás necesita esforzarse el lector para comprender sus pensamientos. Estos se siguen uno al otro, como las ondas de una hermosa

y límpida corriente, y se deslizan por igual y de continuo hacia un fin que desde luego puede percibirse. Platón no es más que un historiador exacto, cuando da a sus jóvenes el instinto de lo verdadero y el talento natural de pensar bien.

Protarco y la mayor parte de ellos presentan dos rasgos que parecen contrarios, y sin embargo se armonizan, y denotan a un tiempo la infancia y la excelencia del espíritu. El uno es la confesión ingenua de su ignorancia y de sus incertidumbres: desconfían de sí mismos, no se atreven a aceptar la responsabilidad de los asuntos difíciles; se dejan guiar por Sócrates y le siguen dócilmente. El otro rasgo es la libertad y la seguridad perfecta con que dan sus opiniones; cuando han entendido bien lo que se les pregunta, hallan natural juzgar por sí mismos y no bajo la autoridad de otros. ¿No es gracioso y conmovedor ver a un niño de quince años que de buena fe y sin pretensión alguna dice a Sócrates: "En mi opinión, oh Sócrates, eso está muy bien dicho"?—Es que ante la verdad todos los espíritus tienen los mismos derechos; en aquel país nadie tiene más rey que sí mismo: es la patria de la libertad. Bien lo sabe Sócrates, y su

método consiste en instruir el entendimiento, no las orejas del alumno; no dicta a lo dómine, con voz imperativa y desde lo alto de una cátedra; quiere que el oyente exprese por sí mismo todo lo que crea; que, interrogado, invente sus creencias y no reciba las de otros. Este modo de enseñar era conforme al genio griego; pues los atenienses amaban tanto la libertad en la ciencia como en la política, y querían gobernar sus opiniones como sus negocios. Por eso “su alma vagabunda revoloteaba por las praderas de las Musas”, y, en busca de la verdad por todos los caminos, recogía para la posteridad la más amplia cosecha de conocimientos. Añadid que Sócrates no les presentaba la ciencia árida y seca. Para atraer los espíritus poéticos se detenía en medio de fábulas y alegorías risueñas, y sus ideas las vestía de palabras espléndidas, diciéndoles por ejemplo:

“Puesto que tú quieres que haya tres clases de vida, supón, para valernos de los más bellos nombres, que la una sea de oro, la otra de plata, la tercera, ni de oro ni de plata”.

Tornábase mitólogo y hablaba como Homero:

“Invoquemos a los dioses, Protarco, mez-

clando el placer con la sabiduría, que sea Baco o Hefaeostos, u otro dios cualquiera quien presida esta mezcla. Como ciertos escanciadores, tenemos a nuestra disposición dos fuentes: la del placer, que puede compararse a una fuente de miel; la de la sabiduría, fuente sobria que no contiene vino, y de donde brota una agua austera y saludable; importa que nos esforcemos en mezclarlas lo mejor que se pueda” *

Ya se conoce los jóvenes más niños de los Diálogos. Dejémosles “en el poético valle de Platón”, que paseen, jueguen, conversen y recuerden las palabras de oro de Sócrates. Se puede, si se quiere, ir a ver uno de ellos en el Museo. Es un joven atleta que tiene en la mano una rama de laurel, de semblante tranquilo, ni pensativo, ni expresivo, inteligente y bello sin embargo, pero en donde no han dejado sus huellas ni la pasión ni la reflexión. Los brazos aún son débiles; el premio que ha ganado es sin duda el de la carrera. Pero nada hay más flexible que ese cuerpo, nada más suelto que las ligaduras de sus miembros. Todo en él descansa, pero todo se apresta al

* Véase el diálogo *Filebo o Del placer*. Tomo III de las OBRAS COMPLETAS. Trad. de P. de Azcárate.

movimiento. Los ojos se deslizan dulcemente por las suaves líneas de esa carne joven y viviente. Está de pie, inmóvil, sus ojos no miran. Pero que pronuncie una palabra, y en ese semblante sereno reconoceréis a uno de los compañeros de Menexenes y de Lisis.

II

En los jóvenes que se hacen hombres, el carácter se manifiesta más fuertemente, las pasiones son más vivas, la voluntad más determinada. En la infancia nuestros sentimientos se extienden por doquiera, inciertos de la ruta que tomarán; más tarde, acumulados y conducidos hacia un mismo punto, forman una corriente única, y el hombre se lanza a través de la vida por un camino que conoce o ignora, pero que ya no abandona.

Ctesipo es violento y fogoso, especialmente para defender lo que ama. Platón ha hecho de él un combatiente y lo ha empleado contra los sofistas. Dos disputadores, Eutidemo y Dionisodoro, acaban de llegar a Atenas. "Anuncian un curso de virtud; admiten discípulos por dinero; ni edad, ni torpeza, ni negocios, impiden aprender en su escuela". En

prueba de ello, obligan a las personas, mediante preguntas ambiguas, a dar respuestas contradictorias. Los curiosos atenienses acuden a reír y admirarse: entre ellos se halla Ctesipo, con su amiguito Clinias. Pero, cuando Eutidemo, mediante no sé qué capcioso razonamiento, ha inferido que los amigos de Clinias quieren perderlo, Ctesipo indignado se alza y exclama: “¡Oh extranjero de Turio, si esto no fuera pasar por grosero, te diría: caiga sobre ti la mentira que a sabiendas cometes contra mí y contra los demás, imputándonos lo que aun decirlo es impío, desear la muerte de Clinias!”.—Después los acosa y los abrumba con amargas palabras.—“Nos injurias. Ctesipo, dice entonces Dionisodoro, tú nos injurias.—Yo no, ¡por Júpiter!, Dionisodoro, pues te amo y te aconsejo como amigo, y trato de persuadirte a no decirme nunca tan groseramente, cara a cara, que quiero la muerte de los que más amo”. Sócrates, que está muy tranquilo y con la más oculta malicia, corta la disputa.—Pero Ctesipo, irritado, se encarna contra los sofistas, desgarrá las telas de araña de sus razonamientos, los persigue con preguntas irónicas. Miran a todos lados, hacen mil esfuerzos por escaparse. Se creería

ver una cacería, tanto es el ardor que en ello pone. Los dos sofistas pretendían saberlo todo. “En nombre de Júpiter, Dionisodoro, dadme una prueba que pueda hacerme reconocer que dices la verdad.—¿Qué prueba?—¿Sabes cuántos dientes tiene Eutidemo, y sabe éste cuántos tienes tú? Si dices cuántos, y, si después de contarlos, se ve que sabías ese número, os creeremos en todo lo demás”. Pensando ellos que se burlaba, no querían responder, pero declaraban saber todas las cosas a medida que Ctesipo las iba nombrando. “Y Ctesipo les interrogaba sin cesar, y sin omitir nada, acerca de todas las cosas y sobre las más vergonzosas, preguntándoles si las sabían. Los sofistas, con el atrevimiento más grande del mundo, decían saberlas, yéndose de cabeza contra la pregunta, como jabalíes contra la pica ”

Concluye finalmente por adivinarles el método, les hace una pregunta de doble sentido, y les obliga a contradecirse delante de sus discípulos y de todos los concurrentes. Luego con una gran carcajada: “Oh Eutidemo, tu hermano ha vuelto el discurso por ambos lados y lo ha perdido y queda derrotado”. Clinias se aleja bastante y se pone a reír, de

modo que por ello Ctesipo se hizo diez veces más fuerte".*

Algunos de esos jóvenes han tomado ya lecciones de los sofistas. Menón, por ejemplo. Lo que los tiene muy orgullosos, "y descansan tranquila y soberbiamente en el lujo de su sabiduría". Y la tienen sin duda alguna, puesto que poseen recibo de ella. Sócrates se burla de ellos con una gravedad imperturbable. Conviene decir que el entusiasta Platón es el príncipe de los burlones. Se halla, como quiere Pascal, a la vez en ambos extremos, y conversando llena todo el intermedio, ya a lo cómico, ya a lo lírico, y en un instante pasa del uno al otro, tan a su gusto en la tierra como en el cielo. Pero esa burla es fina, esas picaduras son ligeras y esa sonrisa, divina e irónica, siempre es delicada y hechicera.

"Gorgias, dice, os ha acostumbrado a responder sin miedo y magníficamente cuando se os pregunta algo, cual conviene a gentes que saben; él mismo se espantanea a todos los griegos que quieren preguntarle, y ninguno queda sin respuesta. Pero aquí, mi querido Menón, ha ocurrido lo contrario. Tenemos como una sequedad

* Véase el diálogo *Eutidemo o El Disputador*, tomo III de las OBRAS COMPLETAS de Platón. Trad. de P. de Azcárate.

y esterilidad de sabiduría, y la sabiduría arriesga a abandonarnos para acogerse a vosotros”.

Menón no adivina la ironía, y, cuando Sócrates le pregunta lo qué es la virtud, responde con una completa seguridad:

“Eso no es difícil de explicar, Sócrates. ¿Quieres que te diga, por lo pronto, en qué consiste la virtud del hombre? Nada más sencillo: consiste en administrar los negocios de su patria, y, administrándolos, hacer bien a sus amigos y mal a sus enemigos, procurando, por su parte, evitar todo sufrimiento”.

Prosigue, y así extiende delante de Sócrates “un enjambre” de virtudes. Es tan novicio en el arte de razonar, que apenas comprende lo que se le pregunta. Cuando al fin ve que es necesario dar una definición común a todas las virtudes, tropieza y cae de traspiés en traspiés, “en todos los hoyos y en todos los pozos” y, entre otras necedades, dice que la virtud es el talento de gobernar a los hombres. Parece como si Menón no hubiese sido gobernado nunca. A su juicio, un amo que tuviera buenos brazos, un buen látigo, y que hiciera uso de él, sería el más virtuoso de los hombres; ignoro si los súbditos serían de la misma opinión.

Lo más gracioso es que se sorprende de ver por el suelo sus definiciones, y no se declara culpable, sino que declara a Sócrates:

“Había oído decir, Sócrates, antes de conversar contigo, que tú no sabías más que dudar y sumir a los demás en la duda; y veo ahora que fascinas mi espíritu con tus hechizos, tus maleficios y tus encantamientos; de manera que estoy lleno de dudas. Y, si es permitido bromearse un poco, me parece que imitas perfectamente, por la figura y en todo, a ese corpulento torpedo marino que causa adormecimiento a todos los que se le aproximan y le tocan. Pienso que has producido el mismo efecto sobre mí, porque verdaderamente siento adormecido mi espíritu y mi cuerpo, y no sé que responderte. Sin embargo, he discurrido mil veces, por despacio, sobre la virtud, delante de muchas personas y con acierto, a mi parecer”.

Menón se admira con tan buena fe y con tanta franqueza que hasta se nos hace simpático. Ese sólido contentamiento le da una serenidad perfecta y una gravedad de lenguaje muy loable. Habiendo disertado muchas veces en público, ha adquirido prestancia y dignidad de orador. Su vanidad nada tiene de frívola, de divertida, ni vaporosa. Camina

a paso lento, y muy serio de cara, vestido no blemente en su amor propio. Gusta de palabras que tengan aire trágico, de las definiciones pomposas. Da su opinión con una voz imponente, como discípulo de Gorgias, y dirige la discusión a su capricho, cual si fuera él maestro de su interlocutor. *

El retrato de Alcibiades está hecho con más cuidado que los otros. En él da Platón un ejemplo del natural más excelente pervertido por la educación. ¡Qué de dones espirituales y corporales reunidos en un solo hombre! ¡Qué belleza! ¡qué esperanzas de virtud! Jamás ha habido en nación alguna de la tierra un hombre con quien la naturaleza haya sido más pródiga, ni en quien haya derramado tan felices cualidades.

“Tú crees, Alcibiades, no necesitar de nada, tan generosa y liberal ha sido contigo la naturaleza, comenzando por el cuerpo y concluyendo por el alma. En primer lugar te crees el más hermoso y más bien formado de todos los hombres (y en este punto, basta verte para decir que no engañas); luego eres también de una de las más ilustres familias de Atenas, la ciudad

* Véase el diálogo *Menón o De la Virtud*. Tomo IV de las OBRAS COMPLETAS de Platón. Trad. de P. de Azcárate.

de mayor consideración entre las demás ciudades griegas. Por tu padre cuentas con numerosos y poderosos amigos, que te apoyarán en cualquier lance, y no los tienes menos numerosos por tu madre. Pero a tus ojos el principal apoyo es Pericles, hijo de Xantippo, que tu padre dió por tutor a tu hermano y a ti, y cuya autoridad es tan grande que hace todo lo que quiere no sólo en esta ciudad, sino en toda la Grecia y en las demás naciones extranjeras. Podría hablar también de tus riquezas, si no supiera que en este punto no eres orgulloso”.

Es indudable que Alcibíades está orgulloso de tantas ventajas; pero no es insolente en su vanidad; uno sonrío al escucharlo, no se irrita contra él. Son sus sentimientos tan naturales, y tan sinceras sus palabras, que resulta siempre amable. Escuchad al joven noble que se sabe la lista de sus abuelos. Cuando Sócrates le recuerda que los reyes de Persia y de Lacedemonia nacieron de Júpiter:

“Y mi familia, Sócrates, remonta hasta Eurisaces, y la de Eurisaces a Júpiter”.

Ya revela aquellas pasiones profundas, aquel gran corazón, aquella audacia en los anhelos, que, como la llama, al punto se enhiestan. Se reconoce al hombre que arras-

trará a su país a la guerra de Sicilia, que abarcará en sus esperanzas Cartago, el Egipto, toda la mar, a quien el pueblo ateniense, su émulo y su imitador, adorará como un ídolo; el más brillante, el más temerario, el más dichoso de los generales y de los oradores, victorioso alternativamente en los dos partidos contrarios, destruyendo sus victorias con sus victorias, y a quien no le faltó más que haber tenido a Sócrates siempre a su lado para ser el hombre más grande de la Grecia.

“Si alguno de los dioses te dijera: “Oh Alcibíades, ¿qué querrías más, morir en el acto o vivir contento con las perfecciones que ahora posees, renunciando para siempre a otras mayores ventajas?”, se me figura que querrías más morir. He aquí la esperanza que te hace amar la vida: estás persuadido de que apenas hayas arengado a los atenienses, (cosa que va a suceder bien pronto), les harás sentir que mereces ser honrado más que Pericles y más que ninguno de los ciudadanos que hayan ilustrado la república, que te harás dueño de la ciudad, que tu poder se extenderá a todas las ciudades griegas y hasta las naciones bárbaras que habitan nuestro continente. Si, en este momento, ese mismo dios te di-

jera que serás el primero en Europa, pero que no se te permitirá pasar al Asia y adueñarte de ella, no querrías vivir bajo tal condición, yo creo, salvo que tu nombre y poderío resonaran en toda la humanidad. Y creo también que, excepto Ciro y Jerges, no hay un hombre a quien quieras conceder la superioridad.”

Este ambicioso corazón no desea menos la virtud que el imperio. La juventud llena de savia y de fuerza aspira a todo y, en el vasto campo de la belleza, quiere recoger todas las cosas bellas.

“¿Qué piensas tú del valor? A qué precio consentirías verte privado de él?—A precio de la vida, si era cosa de vivir con nota de cobarde”.

Este natural también se inclina a la honradez, y tan pronto como se la muestran, por sí mismo a ella se entrega con entusiasmo:

“¿Cuándo llegará ese tiempo, Sócrates? ¿Quién me instruirá? ¡Con qué regocijo veré al hombre que lo haga! Que disipe mis tinieblas y todo cuanto quiera, puesto que estoy pronto a no rehuir nada de lo que me prescriba, sea quien fuere ese hombre, con tal que me haga mejor.”

Una señal más segura de un carácter ver-

daderamente bueno, es que confiese por sí mismo su ignorancia y sus defectos, sin franqueza calculada, sin artificio de orgullo, como se hace casi siempre a fin de obtener gloria de su confesión:

“Te juro, Sócrates, por los dioses, que yo mismo no se lo que me digo, y que corro gran riesgo de hallarme dentro de algún tiempo en muy mal estado, sin echarlo de ver.”

No se irrita con quien lo instruye; al contrario, agradece a Sócrates sus reproches, y, en acción de gracias, le coloca su corona en la cabeza. Es religioso y, cuando Sócrates se lo encontró, iba para el templo, con aire recogido, los ojos inclinados, en la actitud de quien venera. Aquella piedad de la antigua Grecia aun sobrevivía en la juventud ignorante y respetuosa, encantador recuerdo del pasado, que no era sino una gracia más para aquella hermosa frente.

Niño aún, ya tiene el gusto más sensible y delicado. Como verdadero ateniense, no puede soportar los términos bajos y vulgares: quiere que el discurso sea abundante y selecto. Ya es penetrante, y cuando obtiene la verdad, la estrecha con fuerza, y no hay artificio que le haga desviarse de su asunto. Es divertido

ver a Protágoras que se agita y suda, y, con el auxilio de los demás sofistas, trata de eludir las preguntas de Sócrates, pero Alcibíades sin cesar lo conduce al terreno para derrotarlo y confundirlo.

“Si Protágoras, dice, confiesa que es más débil que Sócrates en la discusión, esto bastará a Sócrates, si no que Protágoras discuta interrogando y respondiendo, y que a cada pregunta no exhiba una larga arenga, defraudando el discurso y rehuyendo dar sus razones, hasta que la mayoría de los oyentes hayan olvidado lo que se pregunta.” Un poco más adelante, cuando otro sofista, Hipías, quiere intervenir, lo detiene y desde ese momento dirige toda la discusión como capitán hábil e imperioso.

Con todas esas ventajas corporales, espirituales, de corazón, de riqueza, de familia, ¿cómo cayó en los peores vicios, alternativamente adulador, enemigo, tirano del pueblo, él, que había nacido para la filosofía, y cuyo maestro y amigo fué Sócrates? Todo esto provino de la mala educación y de las costumbres de Atenas. La causa que arruinó al Estado corrompió al joven. Había aprendido a char, a tocar la cítara, a cantar los versos

de los poetas, pero nada más. Su pedagogo fué Zopiro, viejo esclavo de Pericles, la escoria de la casa. Más tarde, cuando entró a los años fogosos de la juventud, cayó entre los aduladores y las seducciones de la plaza pública; así educado por el pueblo, "que es el mayor de los sofistas", olvidó la filosofía, pasó la noche en el libertinaje y el día en intrigas, y concluyó por no desear más que el poderío y el placer. Describiendo tal estado del alma, Platón se eleva hasta las metáforas más poéticas y audaces. Habla, como procedía Alcibiades: compara aquel loco deseo del poder a un gran abejorro alado, "en torno del cual las pasiones coronadas de flores, perfumadas de esencias, ebrias de vino y de todos los placeres desenfrenados que en pos de él caminan, vienen a zumbar, nutriéndole, educándole, armándole en fin con el aguijón del deseo. Entonces este tirano del alma, escoltado por la demencia, se revuelve furioso; si halla alrededor suyo pensamientos o sentimientos honrados que pudieran aún avergonzarse, los mata y expulsa, hasta que haya expurgado el alma de toda temperancia y la haya llenado del furor que lleva consigo".* Después de sus pri-

* Véase el Coloquio IX de *La República*.

meros excesos, esa alma asolada y privada de todo dique, ha adquirido lo que llama Platón las costumbres democráticas, y, como nave sin lastre, flota de aquí para allá a través de todas las ocupaciones y todos los deseos. “Vive al día, satisfaciendo el deseo que se presenta; ya se embriaga al son de las flautas, ya toma agua y se vuelve abstinentemente; tan pronto se ejercita en el gimnasio, como está ocioso, sin inquietarse por nada; otras veces es filósofo. A menudo vuelve a ser hombre de estado, y, lanzándose de repente, va a decir y hacer lo primero que se le antoja. Si gusta de los guerreros, al lado suyo se va; si de los acaudalados, por ese lado coge. No hay orden ni ley en su vida; él llama eso una vida dulce, dichosa, y la arrastra hasta el fin.” *

Bajo todos estos rasgos de locura, siempre hay, sin embargo, huellas de la antigua belleza. Entra a la sala del banquete, ebrio, con una tocadora de flauta, y viene a invitar a los convidados a beber. Pero sus conversaciones son de buen gusto, y sus discursos tienen una gracia natural, un giro vivo y fino, una

* Véanse los Diálogos *El primer Alcibiades* o *De la Naturaleza humana* y *El segundo Alcibiades* o *De la Creación*. Tomos I y II de la traducción de Azcárate.

soltura y una elegancia ricas de poesía y amenizadas de ingenio. Habla de sus amores con la libertad de un joven o de un griego: es impudencia o impudor, lo confieso, pero tan desprovisto de vanidad, que casi es amable. El corazón ha permanecido generoso y justo. “Se me ha discernido, dice, el premio del valor en Potidea; es Sócrates quien lo merecía, él me salvó.” En fin, confiesa con la mayor franqueza del mundo su propia locura y sus propias miserias, y por qué debilidad flota continuamente entre dos extremos.

“Cuando escucho a Sócrates, el corazón me late con más violencia que a los Coribantes. Sus palabras me hacen derramar lágrimas, y veo que a muchos les sucede lo mismo. Cuando escucho a este Marsias, la vida que paso me ha parecido muchas veces insoportable. No negarás, Sócrates, la verdad de lo que voy diciendo; y conozco que, en este mismo momento, si prestase oídos a tus discursos, no los resistiría y me conmoverías como siempre. Este hombre me obliga a convenir en que, faltándome a mí mismo muchas cosas, desprecio mis propios negocios para ocuparme en los de los atenienses. Así es que me veo obligado a huir de él tapándome los oídos, como quien escapa de las Sirenas. Si no fuera esto, perma-

necería hasta el fin de mis días sentado a su lado. Este hombre despierta en mí un sentimiento de que no se me creería muy capaz, y es el del pudor. Sí, sólo Sócrates me hace ruborizarme, porque tengo la conciencia de no poder oponer nada a sus consejos, y sin embargo, después que me separo de él, no me siento con fuerzas para renunciar al favor popular. Yo huyo de él, procuro evitarlo; pero cuando vuelvo a verlo, me avergüenzo en su presencia de haber desmentido mis palabras con mi conducta; y muchas veces preferiría, así lo creo, que no existiese; y sin embargo, si esto sucediera, estoy convencido de que sería yo aún más desgraciado; de manera que no sé lo que me pasa con este hombre.”

Esta vacilación de un carácter medio maleado expresa en resumen los sentimientos inciertos de un pueblo que se balancea entre la sabiduría nueva y la nueva corrupción; pues nunca madre alguna se reconoció mejor en los rasgos de su hijo que la Grecia en los de Alcibíades.

Pero hay otros de ellos cuyo excelente natural preservo, o a quienes ya “ha mordido” la filosofía: Cebes, Glauco, Adimanto, Agatón que sin embargo gusta mucho de los bellos discursos risueños y floridos, y, en medio

de los razonamientos, se distrae recogiendo flores poéticas. El más ardiente de todos es Apolodoro. * Lleva su pasión al extremo, sigue a Sócrates por doquiera, se llena con sus acciones y discursos, y no cree que exista otra vida digna de un hombre.

Cuando hablo u oigo hablar de filosofía, además de que me aprovecho, nada hay en el mundo que me cause tanto placer; mientras que, por el contrario, me muero de fastidio cuando os oigo a vosotros, hombres ricos y negociantes, hablar de vuestros intereses. Lloro vuestra obcecación y la de vuestros amigos; creéis hacer maravillas y no hacéis nada bueno. Quizá también, por vuestra parte, os compadeceréis de mí, y me parece que tenéis razón; pero no es una mera creencia mía, sino que tengo la seguridad de que sois dignos de compasión. — Tú siempre el mismo, Apolodoro; hablando mal siempre de ti y de los demás, y persuadido de que todos los hombres, excepto Sócrates, son unos miserables, principiando por ti. No sé por qué te han dado el nombre de *Furioso*; pero sé bien que algo de esto se advierte en tus discursos. Siempre se te encuentra irritado contra ti y contra todos, salvo Sócrates.

* Véase el diálogo *El Banquete o Del Amor*. Tomo V de las OBRAS COMPLETAS de Platón. Trad. de P. de Azcárate.

Este impetuoso Apolodoro continuaría su diatriba si no lo detuvieran. Otros, mayores en edad, son más tranquilos; Fedro, por ejemplo, que es tan apasionado, sin embargo, por los discursos, exigiéndolos de todos. Sócrates se burla lindamente de su manía. Esas conversaciones griegas son enteramente francesas, ligeras, vivas, picantes, y sin embargo llenas de amenidad y cortesía, salvo en los momentos en que giran bruscamente hacia el entusiasmo y el ditirambo. Es el vuelo sinuoso y ágil de una abeja, llevada de pronto al cielo por una ráfaga.

“Oh Fedro, si yo no conociese a Fedro, no me conocería a mí mismo; pero no sucede ni lo uno ni lo otro, y bien sé que Fedro, oyendo un discurso de Lisias, no habrá querido oirlo una sola vez sino que habrá pedido que comenzara de nuevo, y el orador le habrá dado gusto. Y no satisfecho aún con ésto, concluirá por apoderarse del cuaderno, para rever los pasajes que más le hubieran gustado. Y después de haber pasado toda la mañana inmóvil y atento a este estudio, fatigado ya, había salido a tomar el aire y dar un paseo. Y mucho me engañaría, ¡ por el Can !, si no sabe ya de memoria todo el discurso, a no ser que sea de una extensión excesiva. Se ha ido a las afueras para meditarlo a sus anchas, y encontrando a un

desdichado que tenga la pasión furiosa por discursos, complacerse interiormente en tener la fortuna de hallar uno a quien comunicar su entusiasmo, y precisarle a que le siga. Y como el encontradizo, llevado de su pasión por discursos, le invita a que se explique, se hace el desdeñoso, y como si nada le importara; cuando si no le quisiera oír sería capaz de obligarle a ello por la fuerza. Así, pues, mi querido Fedro, mejor es hacer por voluntad lo que de todos modos luego habrá de hacerse ”

Pero Fedro se burla tan agradablemente como Sócrates; y cuando ve que su amigo se resiste a improvisar un discurso sobre el amor, vuelve contra él sus propias palabras:

“No me fuerces a devolvarte tus burlas repitiéndolas con las mismas palabras: “Sócrates, si yo no conociese a Sócrates, no me conocería a mí mismo; ardía en deseos de hablar, pero se hacía el desdeñoso como si no le importara.” Ten entendido que no saldremos de aquí, sin que hayas dado expansión a tu corazón, que según tú mismo, se desborda. Estamos solos, el sitio es retirado, y soy el más joven y más fuerte de los dos. En fin, ya me entiendes; no me obligues a hacerte violencia, y habla por las buenas.”

Es admirable esa filosofía tan poco pedante y tan natural. En ninguna parte se ha vis-

to esta malicia espiritual ni esas sencillas gracias. Se conocía a una vieja arrugada, asistente a bibliotecas, con los ojos clavados en amarillentos in-folios. Pero hela allí, joven, sonriente, coronada de flores a orillas del Ili-so. “Por Juno, dice Sócrates, precioso retiro; ¡cuán copudo y elevado es este plátano! Y este agnocasto ¡qué magnificencia en su alto tronco! ¡Y la agradable sombra que nos da su copa parece como si floreciera con intención para perfumar estos preciosos sitios! ¿Hay nada más encantador que el arroyo que corre al pie de este plátano? Nuestros pies sumergidos en él acreditan su frescura. Este sitio solitario está sin duda consagrado a algunas ninfas o al río Aquiloo, si hemos de juzgar por las figurillas y estatuas que vemos. ¿No te parece que la brisa que aquí corre tiene cierta suavidad y perfume? Se advierte en el canto de las cigarras un no sé qué de vivo, que hace presentir el verano. Pero lo que más me encanta son estas yerbas, cuya espesura nos permite descansar con delicia, acostados sobre un terreno suavemente inclinado. Querido Fedro, eres un guía excelente.*

* Véase el Diálogo *Fedro o De la Belleza*. Tomo II de las OBRAS COMPLETAS de Platón. Trad. de P. de Azcárate.

Fedro no es menos apasionado que Apolodoro por la ciencia. Dice que no valdría la pena vivir si no existiese el placer de los discursos. Se eleva a los más nobles pensamientos, en medio de las risas del banquete, y elogia el amor, guía de la vida honesta, que no enseña más que la belleza y el bien.

Pero el filósofo quería pintar un espíritu completamente filosófico; en Teetetes ha mostrado el oyente que habría escogido. Ese joven es geómetra, y, de acuerdo con el método de Platón, pasa poco a poco de la noción de las figuras a la contemplación de las puras ideas. Ya busca por do quiera la ciencia, turbado por una muchedumbre de dudas que no detienen a los espíritus vulgares, y particularmente por contradicciones de la naturaleza sensible. Ha leído los libros de Protágoras, pero no le han satisfecho. Comprende que hay un fondo estable bajo las apariencias que pasan sin cesar. Detrás de los fenómenos "que quedan entre la nada y el ser", entrevé las formas fijas y las leyes eternas. Por fin, sigue sin fatigarse, y con una singular penetración, al filósofo eleata que le interroga acerca de los asuntos más abstractos. De un solo vuelo de su espíritu, ha subido ya a la región de los

inteligibles. Ved si no qué elogio hace de él su maestro, el grave y sabio Teodoro.

“Ese joven, Sócrates, sea dicho sin ofenderte, lejos de ser hermoso, se parece a ti y tiene, como tú, la nariz roma y unos ojos que se salen de las órbitas, si bien no tanto como los tuyos. Sabrás, pues, que de todos los jóvenes con quienes he estado en relación, y que son muchos, no he visto uno sólo que tenga mejores condiciones. En efecto, a una penetración de espíritu poco común, une la dulzura singular de su carácter, y por cima de todo es valiente cual ninguno, cosa que no creía posible, y que no encuentro en otro alguno. Porque los que tienen como él mucha vivacidad, penetración y memoria, son de ordinario inclinados a la cólera, se dejan llevar acá y allá, semejantes a un buque sin lastre, y son naturalmente más fogosos que valientes. Por el contrario, los que tienen más consistencia en el carácter, llevan al estudio de las ciencias un espíritu entorpecido y pronto olvidan. Pero Teetetes marcha en la carrera de las ciencias y del estudio con paso tan fácil, tan firme y tan rápido, y con una dulzura comparable al aceite, que corre sin ruido, que no me canso de admirarle y estoy asombrado de que a su edad haya hecho tan grandes progresos.”*

* Véase el diálogo *Teetetes o de la Ciencia*. Tomo III de las OBRAS COMPLETAS de Platón. Trad. P. de Azcárate.

Creo que éste es el único pasaje en que Platón no asocia la belleza y la juventud; un artista como él trata siempre de unirlos; es el placer de su imaginación; a ello va como la planta hacia la luz y halla el retrato de Carmides, el último y el más perfecto.

“Me pareció admirable por sus proporciones y su figura. Cuando Carmides entró, todos se emocionaron y turbaron. Que esto sucediera a hombres como nosotros, nada tendría de particular; pero observé que, hasta entre los niños, no había uno que no fijase en él sus miradas. No precisamente los más jóvenes, sino todos, y le contemplaban como un ídolo.”

Tal es la belleza de los cuerpos griegos nacidos de una sangre pura, hijos de una raza libre y ociosa, nutridos en los gimnasios. Hoy todavía se adiestran caballos, pero hombres no. Las razas se han mezclado; el trabajo manual las ha deteriorado; la educación del cuerpo consiste en pasar diez horas diarias encorvado sobre un pupitre; no nos queda más que la del espíritu. Tampoco existe ya escultura, y la única belleza es la de la cabeza y de la expresión. Ved a qué atribuye Sócrates la de Carmides:

“Es justo, ¡oh Carmides!, que sobresalgas entre los demás por todas estas cualidades; pues no creo que ninguno de nosotros, remontando hasta nuestros abuelos, pueda presentar en Atenas dos familias capaces de producir por su alianza un renuevo más precioso ni más noble que aquellas de las que tú descienes. En efecto, Anacreonte, Solón y los demás poetas han celebrado a porfía la familia de tu padre, que se liga a Critias, hijo de Dropido, diciendo lo mucho que ha sobresalido por su belleza y su virtud, y por todas las demás ventajas que constituyen la felicidad. Por la de tu madre sucede lo mismo. Jamás se conoció en el continente un hombre ni más hermoso ni mejor que tu tío Pirilampo, embajador que fue ya cerca del gran rey, ya cerca de otros príncipes del continente. Esta familia no cede en nada a la precedente. Con tales antepasados, tú no puedes menos de ser el primero de todos.”

Ha sacado también de su noble sangre los dones de la gracia y del alma; sus compañeros dicen que ya es filósofo y poeta; y para usar las palabras de Homero y de Platón, su madre ha engendrado un hombre dichoso: pues tiene la inteligencia pronta y no está orgulloso de tan grandes ventajas; su modestia y su belleza se adornan recíprocamente. Só-

crates le pregunta si ya cree saber bastante: “Carmides se ruborizó al pronto, y pareció más hermoso, porque la modestia cuadraba bien a su edad juvenil; después dijo con cierta dignidad, que no le era fácil responder en el acto sí o nó a semejante pregunta. “Porque, “añadió, si niego que soy instruído, me acuso “a mí mismo, lo que no es razonable, y además doy un mentís a Critias y a muchos “otros que me creen instruído, a lo que parece. En el caso contrario hago yo mismo mi “elogio, lo que no es menos inconveniente. Yo “no sé que responder”. Así le da una pregunta difícil, y en todo el resto de la conversación, se mantiene siempre a igual altura. Sigue muy bien una discusión sutil, y propone definiciones bastantes sólidas. Hay un momento en que se nota una fina sonrisa en sus labios, cuando, por una ironía indirecta y ligera, induce a su primo Critias a que ocupe su lugar, y lo entrega a las refutaciones de Sócrates; la agudeza es el último adorno de su belleza.*

Ha debido notarse el reposo de estos discursos. Esta tranquilidad no excluye el arranque

* Véase el diálogo *Carmides o De la Sabiduría*. Tomo I de las OBRAS COMPLETAS de Platón. Trad. de P. de Azcárate.

ni el entusiasmo; no es más que la serenidad de un espíritu que sin esfuerzo halla la verdad, se despliega sin precipitación, y goza de su fuerza. Los personajes no se interrumpen unos a otros; los oyentes de Sócrates siguen todos los giros de la discusión sin apresurarla. Se detienen con gusto en las digresiones que en ella mezcla Sócrates; no tienen prisa. Cuando hablan, dejan correr sus pensamientos en el tono más sencillo y más fácil, sin buscar el ingenio o la elocuencia; siguen la pendiente uniforme en que se deslizan, sin apresurarse ni detenerse; se abandonan a su naturaleza, que es bella y todo lo hace bien.

Me parece que las estatuas que aún nos quedan de la antigüedad son un comentario a este cuadro. Expresan, como los Diálogos, la perfección de la raza, el pleno desarrollo, la juventud y la dichosa serenidad de las almas. Entre las del Museo, señalaría la de Carmides.* La belleza del cuerpo es maravillosa, esbelta y fuerte, de una proporción delicada. Aquellos escultores jamás habrían hecho la Eva maciza ni las tres Gracias carnosas de Rafael. Está desnudo, de pie, con la cabeza

* Colección de yesos, detrás de las estatuas del Partenón, a la derecha, cerca del Coloso. (*N. del A.*)

un poco inclinada sobre el pecho, el porte serio y tranquilo, inmóvil como un sér que se deja vivir; su actitud es de una nobleza sorprendente; parece superior a toda agitación. La cabeza no es más expresiva que el resto del cuerpo; el espectador no se siente atraído, como en las figuras modernas, por la frente pensativa, por la pasión de la mirada o de los labios. Con tanto gusto se contemplan los pies ágiles y el pecho fuerte como la hermosa cara; agrada tanto sentir la vida de ese cuerpo como ver que piensa su espíritu. La naturaleza humana en él no se ha desarrollado de un lado tan solo, como entre nosotros; aún se halla en equilibrio; goza de sus sensaciones como de sus sentimientos, y de su vida física tanto como de su vida moral. Los griegos honraron al atleta vencedor como al poeta o al filósofo, y los combates de fuerza y agilidad, que son entre nosotros la diversión del populacho, entre ellos son una fiesta nacional. El cuerpo desnudo es casto como todas las verdades antiguas. Es la oposición entre la vida corporal y la espiritual lo que hace impúdica la desnudez. Habiéndose rebajado y despreciado la primera, ya no se atreven a mostrar los actos y los órganos. Los ocultan;

el hombre quiere aparecer todo espíritu. Allí, nada le ruboriza y encuentra bello todo lo que es natural. Por fin esos ojos sin pupilas convienen a una cabeza que no es expresiva. Su divina serenidad no descende hasta el hecho y no necesita mirar. Poco a poco, al contemplar la estatua, se adivina su alma. Se recuerda la seriedad profunda y la mirada vaga de los caballos de noble raza que pacen la hierba y se detienen un instante, con la cabeza en alto hacia el viajero que pasa. Una vida interna en silencio se narra en ese espíritu tranquilo; no razona, sueña; lentas imágenes pasan por él, como procesión de nubes bajo el azul luminoso del cielo. Pero examínese el óvalo puro y orgulloso de ese rostro, y se verá que ese joven que reposa es un soldado de Pericles y un discípulo de Platón.

(Traducido para esta COLECCION del volumen *Essais de Critique et D'Histoire.*)

COLECCION ARIEL

CUADERNOS PUBLICADOS

A \$0. 25 cada uno.

- Alas, Leopoldo (Clarín): *Cuentos*
Alfaro Cooper, José María: *Poesías*
Almafuerte: *El Misionero*
Amiel: *Fragments de un Diario íntimo*
Andreieff, Leonidas: *Erase una vez...* y artículos de Azorín,
A. Masferrer, Anatolio France, etc
Apuleyo: *Historia de Psiquis y Cupido*
Arciniegas, Ismael Enrique: *Poesías escogidas*
Azorín: *Lecturas*
Barret, Rafael: *Artículos*
Basilio, San: *Homilía a los jóvenes*; versos de Lugones y *Biblis* de P Louys, etc
Baumbach, Rodolfo: *Cuentos de verano*
Benavente, Jacinto: *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*
Blanco Fombona, R: *Selecciones*
Brenes Mesén, R: *El canto de las Horas*
" " " *Hacia nuevos umbrales* (versos)
Caballero, Fernán: *Cuentos infantiles*
Carducci, Josué: *Discursos*
Coll, Pedro Emilio: *Ensayo sobre Ramón Campos*; artículos de Lugones, Pedro Prado y versos de C. Alberto Arrieta, etc
Crisóstomo, San Juan. *Defensa de Eutropio*

- Díaz Rodríguez, Manuel: *Ensayo sobre la vanidad y el orgullo*; artículos de Darío, P. Emilio Coll, Cornelio Hispano, etc.
- Flaubert, Gustavo: *Herodías*
- Gamboa, Isafas: *Poetas*
- Gámez Carrillo, E: *Evocaciones Helénicas*
- González Z, Manuel (MAGON): *La Propia*
- Guido y Spano, Carlos: *Poetas*
- Grillo, Max.: *Al Illimani y otros poemas*
- Gutiérrez Nájera, M: *Prosa*
- „ „ : *Amor y Lágrimas* (versos)
- Herodoto: *Narraciones escogidas*
- Ingenieros, José: *La moral de los idealistas*
- Labanca, Baltasar: *La misión pública de Jesús*, y selecciones de los Evangelios
- Lanza, Silverio: *Cuentos*
- Lugones, Leopoldo: *La voz contra la roca* y artículos diversos.
- Maeterlinck, Mauricio: *El pájaro azul*
- Maragall, Juan: *Elogio de la palabra* y otros artículos.
- Martí, José: *Versos*
- Nogales, José: *En el pozo*; versos de M. Reina, etc.
- Persky, Sergio: *Tolstoi íntimo*
- Reclus, Eliseo: *El hombre y la tierra* (extractos)
- Renan, Ernesto: *Emma Kosilis*
- Rodó, J. Enrique: *Bolívar*
- „ „ „ : *Lecturas*
- Ruskin, Juan: *Los jardines de las Reinas*
- Taine, Hipólito: *Los jóvenes de Platón*
- Talero, Eduardo: *La Zagala*; artículos de Darío, Sanín Cano y J. Maragall
- Tovar, Rómulo: *Hércules y los pastores*
- Ugarte, Manuel: *Misceláneas*
- Varios: *Rincón de los niños* (lecturas infantiles)
- „ *Repertorio*; con artículos de Gómez Carrillo, S. Pérez Triana, etc.
- „ *Lilas y resedas* (Cuentos franceses)
- „ *Repertorio*; con artículos de Darío, S., Restrepo, versos de E. Carriego, etc.
- „ *Prosas* de Unamuno, Barret, etc. y *Versos* de V. D. Silva, etc.

- „ *Páginas Colombianas*; con artículos de E. Pérez, Sanín Cano, C. Soto Borda, etc.
- „ *Páginas diversas*; con artículos de Samuel Velázquez, S. A. Lillo, F. García Calderón, etc.
- „ *Varia*; con artículos de Barret, Talero, Unamuno, San Martín, etc.
- „ *Repertorio*: con artículos de M. Díaz Rodríguez, Xenius, Ernesto A. Guzmán, etc.
- „ *Repertorio*; Con artículos de Eduardo Acevedo Díaz, Pío Baroja, E. José Varona etc.
- „ *Repertorio*; Con artículos de R. del Valle Inclán, Joaquín V. González, Eugenio D'Ors etc.

Varona, E. José: *Lecturas*

Zambrana, Antonio: *El secreto de oro* y otros artículos.

POR PUBLICARSE:

Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote*

Juan Bertis: *Sobre el discurso de Cicerón en defensa de Licinio Archias*

Juan Montalvo: *Lecturas*

Sófocles: *Antígona. Electra*

Herodoto: *Narraciones* (Segunda serie)

Isidoro Errázuriz: *Discursos*

RINCÓN DE LOS NIÑOS (Segunda serie)

La Fontaine: *Fábulas*

M. de Unamuno: *Lecturas*

Cecilio Acosta: *Lecturas*

Federico Proaño: *Artículos*

Carlos Ortiz: *El poema de las mieses*

Bernardo G. Barros: *Artículos*

L. M. Urbaneja Achelpohl: *Cuentos*

Paul Elmer More: *Federico Nietzsche*

C. Alberto Arrieta: *Poesías*

A. Nin Frías: *Páginas escogidas*

Santiago Rusiñol: *Cigarras y Hormigas*

Ernesto Renan: *¿Qué es una nación?*

Armando Palacio Valdés: *Cuentos*

G. Labarca Hubertson: *Cuentos*

Rosalía de Castro: *Poesías*

J. Ortega y Gasset: *Vieja y nueva política*

Juan Valera: *Asclepigenia*

C. Vaz Ferreira: *Lecturas*

C. González Martínez: *Por los senderos ocultos*

Porfirio: *La cueva de las ninfas*

José Martí: *Lecturas*

etc., etc.

Pase a buscar los cuadernos que desee a la Imprenta Greñas o a la oficina del Director, frente al antiguo Liceo de Costa Rica.